

—¿Qué?.. ¿Va usted á hacerse el ignorante?

—Le aseguro...

—Bueno, bueno; mis pobres me esperan.

—Que esperen un momento.

—¡Si todo Madrid lo sabe! A nosotras nos lo ha dicho Guillermina.

—¿Qué dijo Guillerma?

• Lanzó esta pregunta con tan rudo arrebató, que Agueda no pudo menos de responder sin titubeos, sin vanos escrúpulos, muy seria:

—Que se casa usted con Alma Sagrario.

—¡Ah! Perfectamente. Sí, sí, sí es verdad. Me caso con Alma. ¿Qué le parece á usted?

Y al decir esto Esteban Aliaga recobró todo su aire de frialdad altiva, dominadora. No dió tiempo á que Agueda respondiera; despidióse precipitadamente con desdeñosa altanería, y mientras la Torrecilla caminó hacia los barrios bajos y pobretones, él fué acercándose, entre el revoltijo de calles, al populoso centro.

Estaban á aquellas horas todas las vías rebosando gente; era el final del día, esa hora en que el primaveral crepúsculo envuelve á la fea y prosaica ciudad en tules finísimos de color violeta. La nacarada luz penetra por las angostas calles; sin atreverse á llegar á tierra, conténtase con tinter lo alto de las fachadas encendiéndolas en pálido carmín, de tonos anaranjados que se van extinguiendo con lentitud de llama que se apaga.

Esteban, al fin artista siempre, á la vez que sorteaba los vaivenes y los encontronazos de la gente, hundía la mirada allá arriba; el embeleso de aquella luz tan suavementé difusa era para él un descanso, una pereza más, algo que le decía: «No pienses, no pienses; tú antes que nada eres un artista, eres más que todo un colorista; pues empapa, anega el espíritu en ese océano de luz que parece el último resplandor de un horno que se apaga.»

Pálidos focos eléctricos comenzaban á salpicar de su cadavérico resplandor las vías, y aquella blancura mate hacía más nítido y más nacarado el matiz diáfano del crepúsculo.

Instintivamente, al caminar sin rumbo, fué acercándose al rellano de las Vistillas. Parecióle que era aquella misma luz muriente la que le iba atrayendo hacia aquel sitio.

Llegó á él sin darse cuenta de que había llegado. Miró la casa habitada por los Torrecillas, con el alto ventanal de su antiguo estudio. Los últimos resplandores de poniente envolvíanla en atmósfera de fuego; los cristales eran recuadros rojos que brillaban.

Aliaga avanzó hasta el reborde del terroso y polvoriento altozano; estaba solitario; sólo dos hombres platicaban fumando sobre un montón de tierra.

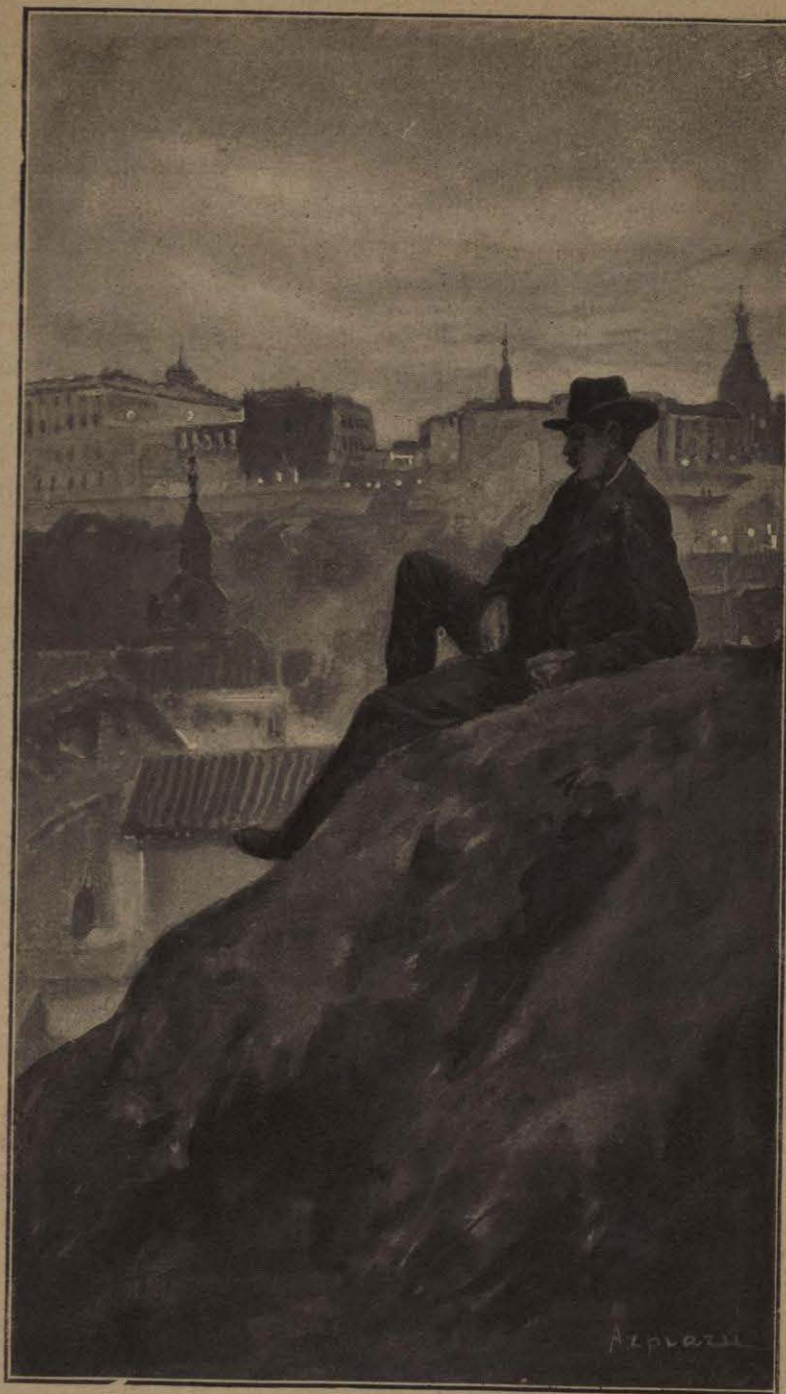
Al hallarse en el reborde pensó en sentarse, allí mismo, en aquel sitio predilecto del ciego en aquellas horas. Sentía un cansancio tan grande que le hubieran faltado fuerzas para seguir adelante su extraña peregrinación, sin tomar descanso. Y se sentó frente á la sierra, teniendo á la izquierda la roja llamarada del ocaso, un amontonamiento de nubes de fuego, y á la derecha el apelmazado caserío ciudadano, revuelto en una niebla polvorienta, tupida y sucia; á sus pies, allá en lo hondo, la ancha faja del río, que es caudaloso en esta época del año por los rápidos deshielos del Guadarrama; es una cinta que serpentea con amplias curvas, que se mete entre la mata del bosque gris, casi negro. Sus aguas pesadas, espesas, con el resplandor del crepúsculo rojean como si viniesen manchadas de sangre. Y en el lejano fondo, en el horizonte, cierra el ancho cuadro la soberana crestería de la sierra, todavía con los agudos picos blancos de nieve, como dientes que mordiesen en el cielo obscuro. Río adelante se levantaba una neblina espesa y blanquecina; el sordo rumor de la ciudad se desvanecía, perdiéndose en la inmensidad del campo sereno. Unas veces parecía á Aliaga que sus oídos se llenaban del tumulto cortesano, del bronco murmullo de humanidad que del caserío surgía revuelto, confuso, mareante. Otras veces era el silencio campesino el que triunfaba; aquella placidez serena que se elevaba del hondo río, del espeso, tupido bosque.

Con el reposo del cuerpo, con la quietud del sitio, con la vista del paisaje austero, sombrío, comenzaron á renacer los recuerdos

del día, y renacían envueltos en otros recuerdos, en confusas memorias, como la niebla pesada que allá abajo se veía. La memoria iba sacando á jirones sus recuerdos y entremezclándolos todos en un conjunto extravagante, ilógico; lo grande y lo pequeño, lo punzador y lo nimio, lo que grabó en el espíritu huella honda y lo que pasó indiferente. Surgían de pronto pedazos de vida dispersos, sin relación posible entre unos y otros, y, sin embargo, todo parecía eslabonarse con eslabones invisibles á la escena del Museo. Era aquello como un balance de la vida. Y de cuando en cuando, volviendo la cabeza, miraba un instante hacia el hogar de los Torrecillas, casi anegado ya en las sombras nocturnas; creía percibir, vago, tenue, el lento son de un andante beethoveniano; una melodía profunda cerniéndose entre el rumor de la ciudad y la paz del campo. Escuchaba, aguzando el oído. Pero no; era ilusión.

Tal vez Guillerma aún no hubiese vuelto de su labor cotidiana. ¡Triste vida! ¡Eterna cadena de dolorosos sacrificios era aquella existencia! Su comentario más punzador, más hondo, era aquella frase lúgubre de su hermana Agueda. De cuando en cuando, quería Aliaga penetrar con viril serenidad en el fondo de su espíritu, intentaba formularse á sí mismo una pregunta; quizá sólo con formularla, aun sin buscarle respuesta, se disipase lo más doloroso de aquellos pensamientos pinchones como púas de zarza. Pero al avanzar hacia dentro, en el lóbrego y tormentoso fondo de su mente, llegaba á un punto que escandecía y abrasaba. Era preciso retroceder, ahuyentar recuerdos con apariencia de visiones dolientes, agarrándose con todo el poder de la voluntad á cualquier cosa, por menuda y por nimia que fuese.

Un recodo del río, una lucecilla roja que allá muy bajo relucía ó una lucecilla verde que relucía muy alto, era asidero firme para desviar el pensamiento. Otras veces eran objetos que no estaban delante: un fragmento de tabla gótica con una figura de paños angulosos, abundantes, y un rostro enrojecido de llanto, con los ojos hinchados de verter lágrimas; ó la netezuela del vigilante con su cara picardeada y sus ojos que comenzaban á encenderse en lumbré de provocación descarada, y el cintajo rojo en el mechón de pe-



Y se sentó frente á la sierra

lo lacio, y, sobre todo, aquel grito de desgarró que parecía también salir rojo de la garganta: «¡Garnacha!»

Nada de esto fué bastante; bastaba en el primer momento, pero tercamente, lentamente, el pensamiento se va horadando por la idea, esas ideas que roen tenaces, imperturbables.

De pronto surgió vivo, resplandeciente, casi quemante el dilema. Fué un choque terrible, como si toda su vida se truncara. Púsose en pie; abarcó de una mirada el espacio ya ennegrecido por la noche; sólo la raya blanca del río y los picos blancos de la sierra clareaban en las espesas sombras. Vuélvese hacia la casa de su antiguo estudio y, á través del gabinete del piano, ve leve resplandor de luz.

«¿Por qué me siento estremecido ante pequeñeces que nunca me hicieron ni parpadear un poco más de prisa? Yo no me conozco. Artes malignas cambiaron mi espíritu; yo no soy el mismo y quiero serlo; quiero ser aquel Aliaga que marchaba por la vida con la frialdad displicente que ella merece; aquél era yo; éste es otro ser distinto que se interesa y se emociona y se conmueve candorosamente por las cosas más insignificantes y más pueriles; y lo que más me importaba es ya lo que menos me importa, y mi arte ya no es nada; ya me veo á mí mismo sin un grito, ni un movimiento de rebeldía, copiando tablas en una sala que parece un sótano. Todas aquellas enérgicas ilusiones de sorprender la luz, de robar el color al cielo de poniente, ¿dónde fueron? ¡Yo soy el sorprendido, yo el robado por un destino implacable! En las vueltas, en las revueltas, en los incesantes vaivenes de este vivir vagoroso, llega un momento como este momento, en que nos miramos y, ¡ay!, no nos conocemos.»

Y de pronto, con dejo de abatimiento, se preguntó:

«¿Qué queda en mí? ¿El último vástago de una raza que fué noble ó el primer albor de un artista? ¿Soy Aliaga el aristócrata ó soy Aliaga el pintor de cuadros? ¡Ah! Tal vez ya no soy ni uno ni otro. Un pobre diablo que se arrastra penosamente, plegándose á las sinuosidades, á las asperezas de la vida, en obscuro, en bajo lagarteo. Quise subir y no hice sino hundirme; quise volar y me

arrastró. Lo peor de todo es que arrastré conmigo seres inocentes, que tal vez tenían alas poderosas para volar muy alto. Los sometí con torpe egoísmo á mi paso de buey lento.»

Y, volviéndose de frente á la casa de los Torrecillas, levantando los puños, en medio de la noche, en la soledad huraña de aquel sitio, exclamó:

«Sí, Guillerma; tú eres la víctima de mi egoísmo; valías más que yo y te engañé como un villano; tú creíste en mi arte y yo he pisoteado el tuyo que valía más, cien veces más que el mío. Ahora, ahora es cuando lo veo; ahora, en medio de la noche, se hizo luz clara en mi alma; ahora que yo no valgo nada veo todo lo que tú vales; ahora que tú me abandonas es cuando más te necesito y cuando más te amo. Sí, Guillerma; yo no soy el aristócrata altivo, el hombre de la raza caída que necesita el injerto de otra rama, rica en savia de oro. No; yo no soy eso; y si lo fuera, no querría serlo. Yo soy un pobre artista que sueña con dar certeros golpes de color sobre un lienzo, soy un desgraciado..., soy un cualquiera. Y tú eres la vida, el soplo de mi arte. Tú, tú eres Alma, la mía, la única. La otra..., la otra..., esto, esto.»

Y con el tacón de la bota daba sobre el polvoriento suelo, repitiendo con rabia espumajosa: «la otra..., esto..., esto.»

Creyó que con el recio taconazo aplastaba todo el error de su vida pasada prometiéndose una vida nueva, abierta al ideal sincero, hondamente, tiernamente sentido; creía firmemente que la resolución de Guillermina era un arrebato de ímpetu pasajero, sin firme raigambre en el alma. Sentíase amado por la de Torrecilla; aun en la penosa escena de aquella tarde, el amor de Guillerma rebosaba á raudales. Aliaga juzgó á los demás por sí mismo, creyéndolos incapaces de marchar á través del mundo sin otra ley que la de un egoísmo infantil y pequeño.

Con este pensamiento abandonó las Vistillas, sumiéndose otra vez en las calles, ya muy solitarias.

Al llegar á su casa recibióle Antolín sorprendido, algo inquieto, de verle entrar á hora desusada. La primera pregunta del ciego fué:

—¿En dónde comiste?

Y Aliaga, un poco perplejo, le respondió:

—En ninguna parte. ¿Qué hora es?

—Yo no sé la hora; hace dos lo menos que te estoy esperando.

Comprendió entonces Aliaga que había pasado horas enteras sentado en el rellano de las Vistillas. El hubiera jurado que aquello había sido cosa de pocos momentos.

Luego le dijo el ciego:

—Pues aquí tuviste una visita.

—¿Una visita?

—Y que te estuvo esperando en el taller.

—¿Quién?

—Tu madre.

A Esteban le pareció muy extraño aquello. Preguntó:

—¿Estuviste tú con ella?

—Estuve.

—¿Y Serafina?

—Serafina no estaba. Tu madre también quería verla. ¿Y cómo va esa obra?

—En marcha—respondió el pintor con profunda displicencia.

—Es que tu madre me preguntó que si iba muy adelantada la obra del Museo.

—¿Te preguntó ella ó le hablaste tú antes de la obra?

—Ella, ella. Yo no hablo de lo que no me preguntan ni me importa.

—Bueno. ¿Qué más tienes que decir?—preguntó huraño y fosco.

—Tu madre sabía que era encargo de la Sagrario, y con esto me habló de las Sagrarios; si la dejo, me parece que de ellas está hablando todavía.

—Mira tú qué cosas tan extraordinarias y tan estupendas.

—Yo no hago más que decirte lo sucedido.

—Bien hecho; eres un buen hombre. ¡Ah! ¡Si yo te contase lo sucedido!

—Claro. ¡Si ya sospechaba yo algo! Descolgarse á estas horas. Serafina ya está durmiendo. Hoy vino como unas perlas; más contenta y más parlanchina no la he visto nunca.

—Pues me alegro mucho que esté contenta; mañana puede que le dé un disgusto.

—¿Qué?..—preguntó acercándose á su amigo.—¿Qué ocurre? ¿Tú quieres algo? No mientas; no te pongas digno. Ya sabes que yo siempre tengo algo en el bolsillo del chaquetón... Vamos..., dilo, dilo.

—Quita. No es eso.

Y Antolín, que había metido la mano en un bolsillo, volvió á sacarla sin extraer nada de su fondo bien provisto.

—Pues lo que sea, habla, yo también hablo. Si no es cosa de recursos, de lo que sea; tú habla. Hablando nos entenderemos.

—Puede que hoy no nos entendamos.

—Yo sí me entiendo. Te respondo que nos entenderemos.

Lo afirmó con tono tan enérgico que Aliaga se quedó dudoso, pensativo, mirándole fijamente como si quisiera leer en su rostro la causa de aquella afirmación tan vigorosa y rotunda.

Pasaron unos instantes; el ciego esperaba oír algo de labios de su amigo; pero como éste callase, el otro impaciente rezongó:

—¿Hablas ó no hablas?

—Sí.

—Pues venga. Pronto.

Estaban en la salita de los soles ponientes y una luz eléctrica alumbraba aquellos crepúsculos.

—Te digo que pronto.

—Pues que hoy estuvo tu hermana Guillerma en el Museo.

—Adelante.

—Y me dijo...

Paróse Aliaga un momento. Antolín le aguijoneó impaciente:

—¿Qué te dijo?

—Que entre nosotros dos había acabado todo.

Quedóse Antolín tan impasible, tan grave, que Esteban creyó que no había oído la noticia.

—¿Oyes?—repitió levantando la voz, con lento silabeo, como si paladease el sabor amargo de las palabras.—Que entre nosotros dos había acabado todo.

—¿Y hasta hoy no te dijo eso?

—¿Tú lo sabías? ¿Lo sospechabas?

—Me lo dijo ella.

—¿Cuándo? ¿Qué es lo que tú sabes? ¡Antolín, Antolín, soy el hombre más desgraciado de la tierra!

—¿Nada más que por eso?

—Si me hablas en tono de burla, soy capaz de hacer contigo algún disparate. Si lo sabías, ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque yo no tercio en negocios que no son de mi incumbencia. Estáis los dos descarriados, fuera de vuestro camino.

—Lo que yo quiero es que me digas todo lo que sepas.

—Pues lo que yo sé es muy poco, pero eso poco voy á decirte-lo. No pienses más en Guillermina; yo que conozco á mi hermana te lo digo: no pienses más en ella.

—¿Qué piensas tú que hice yo? ¿Tú también crees lo de Alma?

—Yo no sé nada de eso; lo que yo sé es lo de Guillerma.

—¡Es una calumnia!

—No, Esteban; no es calumnia; es que tú eres un aristócrata y mi hermana no es aristócrata. Es esto; no es más que esto.

—No; yo no soy un aristócrata; yo soy un artista.

—¿Tú?.. ¿Qué dices, hombre? ¡Artista! Copiando cuadros.

—¡No insultes; no respetaré ni tu ceguera! ¿Piensas que ella te da derecho para insultarme?

Hablaban con agitación y violencia, en tono ya de franca disputa. Aliaga estaba pálido, con un cerco lívido alrededor de los ojos; su cabeza, desgredado el pelo, era una mata dorada, hermosa.

—¿Es insulto decir que copias cuadros en el Museo?

—¿Qué he de hacer? ¿Pedir, como tú, limosna? Yo no soy ciego; tú tienes esa ventaja. Te ven ciego y te dan limosna.

—Y á ti te dan á que copies cuadros.

—Fué tu hermana la que me empujó á ese oficio. Sí, señor; fué Guillerma la que me dijo: «Vete á casa de la Sagrario.»

—Y tú á ella ¿qué le dijiste? Da lecciones; con las lecciones te ganarás la vida. Y le recortaste el vuelo. ¡A ella que era una gran artista! Hiciste mal, muy mal, Esteban.

—Es verdad; tienes razón. Pero era de tanto como la quería, para que no se apartase de mí nunca, para que siempre fuese mía. Hice mal, pero tengo una disculpa.

—Siempre la halla á mano el egoísmo.

—También ella lo quiso.

—Sí, sí; también ella lo quiso—repitió el ciego.—¡Todos, todos quisieron! Por eso todos sois unos desgraciados que, en vez de regir vuestras vidas, dejáis que la vida os rija á vosotros. ¡Es la eterna historia; siempre triste.

—Desde mañana no voy al Museo; desde mañana no copio; ni acabar la Anunciación de *Fra Angélico* siquiera. Que no vuelvan á mandarme recados de casa de la Marquesa.

—¡Calla! Si esta tarde te mandaron uno; se me olvidaba decírtelo.

—¿Esta tarde?

—Que fueses, que fueses.

—No voy.

—¡Piensa lo que haces!

—No voy, te digo. ¡No debí ir nunca!

—¡Esteban, Esteban! No pienses más en Guillerma. Yo que conozco á mi hermana te lo digo: no pienses más en ella.

—Pensaré siempre.

—¡Inútil!

—Guillerma me quiere; no podrá negármelo.

—¿Y para qué ha de negártelo?

—Entonces, ¿quién se opone?

—Ella misma.

—Venceré.

—Serás vencido.

## CAPÍTULO VII

Mientras Esteban Aliaga y Antolín Torrecilla hablaban acaloradamente en la salita de los crepúsculos pintados, Guillermina escribía una carta. En el silencio de la noche, cuando todos dormían, ella iba dando forma á su pensamiento.

Escribía por una necesidad invencible de verter sobre el papel ideas: dudaba si aquel papel debía ir luego á quien estaba dedicado. En esta duda, era mayor el abandono de su pluma, que á veces corría veloz, atropelladamente, formando palabras y palabras llenas de pasión ardorosa, y á veces deslizábase lenta, tranquila, como si dibujase los rasgos.

«Esteban: Siento un impulso comunicativo que me obliga, no, que me impele á coger papel y pluma para escribir algo..., yo no sé qué... algo. Tengo una vaga idea de que esta tarde fui cruel contigo. No te pido perdón, porque sé que tú me perdonas. Sé además que tú comprendiste el recto sentido de todas mis palabras. Lo que no sé es si en mi dolor y en mi aturdimiento dejé escapar algo que no respondiese á mi deseo; tal vez haya sucedido. Se me ocurre una cosa: fui cruel como lo es el bisturí que raja en carne doliente. Sólo una cosa me da serenidad y fuerza: lo que hice, bueno ó malo, no lo hice por egoísmo, por egoísmo no lo hubiera hecho nunca. Lo hice por vosotros; mi vida no me pertenece; estoy resignada á que no me pertenezca.

»Cuando me separé de ti, ¿me viste huir..., huir? Pues quería huir de mí misma. En aquella marcha velocísima yo ni pensaba, ni sentía; la carrera loca era un gran alivio, porque en el aturdimiento el corazón y la mente estaban refrenados. Al entrar en casa de mi discípula tuve un miedo horrible; temí que se trasluciese la agitación de mi alma. Pero no; sólo se traslucía la agitación externa, el trasudor, el jadeo de la violenta marcha; del jadeo del